

¿Es verdad, dejando á un lado lo que el decia de su mision, que su vida era pura¹, y su doctrina santa²? — *Si.*

¿Es verdad que así él como sus Discípulos hicieron obras milagrosas? — *Es manifesto, y no lo podemos negar³.*

¡Infeliz! pues ¿qué te ha impedido reconocerlo? ¿Qué mas necesitabas? Pedias una señal del cielo⁴: ¿qué fuerza hubiera añadido este nuevo prodigio á tantos otros prodigios? Y este justo que daba vista á los ciegos, oido á los sordos, que curaba todas las enfermedades, lanzaba los demonios, resucitaba los muertos... ¿qué has hecho de él? ¿Es cierto que le has crucificado⁵?

Súbitamente se oye un grito espantoso: *Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos⁶.*

¡Pueblo judío! ¡no hiciste en vano esa imprecacion! se ha cumplido tu deseo: esa sangre está sobre tí, y lo estará eternamente. Vé, vuelve á tu suplicio; el mundo

1 El *Tholdoth Jeschu*, aunque lleno de invectivas sacrilegas contra Jesucristo, no le inculpa de otra cosa sino de haber dicho que era el Mesías y el Hijo de Dios.

2 Trifon dice que los preceptos del Evangelio son tan perfectos, que no se pueden observar. *Dialog. cum Tryph. Jud.* cap. 10.

3 Et conferebant ad invicem, dicentes: Quid faciemus hominibus istis? quoniam quidem notum signum factum est per eos, omnibus habitantibus Jerusalem: *manifestum est, et non possumus negare.* Act. iv, 15 y 16, et Joani. xi, 47. — En el *Toldoth* se dice que Jesucristo curaba los leprosos, y resucitaba los muertos, por virtud del inefable nombre de Dios, que había robado en el templo. El mismo libro testimonia los milagros de San Pedro, á quien llama *Simon Cephas*. El sabio Heydeck, rabino convertido, nos dice que aun el día de hoy los judíos continúan en confesar los milagros de Jesucristo. « Prosiguen en nuestro tiempo en confesar los prodigios obrados por Jesucristo, con la diferencia que pretenden haberlos obrado en nombre de Beelzebu. » *Defensa de la Relig. crist.* tom. III, p. 316, not. 385.

4 *Matth.* xvi, 1.

5 La traición de Judas, y todas las principales circunstancias de la pasión del Salvador, se refieren en el *Toldoth Jeschu*, y en el *Talmud de Babilonia*, en el trat. de *Sanhedrin*, cap. 6.

6 Et respondens universus populus, dixit: *Sanguis ejus super nos, et super filios nostros.* *Matth.* xxvii, 25.

entero sea testigo de él, hasta el día en que, reconocido y detestado tu crimen, esa sangre, esa misma sangre que has derramado, lo borraré.

Pero aun cuando la verdad de los hechos referidos en el Evangelio no estuviese atestiguada sino por los Cristianos, esto seria bastante para establecer invenciblemente su certeza. *Yo creo*, decia Pascal, *á testigos que se dejan degollar*; y todo hombre sensato los creerá, porque no se apasiona nadie por hechos; y no sé por otra parte donde podría fundarse la seducción de la mentira que no conduce sino á los tormentos y al cadalso. El deseo de gloria, de riquezas, de poder puede formar impostores; pero no se engaña á los hombres con el cebo de la pobreza, de los desprecios y persecuciones; y en verdad estos son bienes que nadie intenta adquirir á costa de su vida. — ¿Se querrá explicar por el fanatismo este sacrificio entero de sí mismo? Al punto se ofrecen nuevas dificultades y absurdos. El fanatismo es una pasión ardiente, sombría, implacable: ¿qué se vió de esto en los Apóstoles? Su carácter es la tranquilidad, la sencillez, la mansedumbre, y antes de la muerte de su Maestro, una excesiva timidez, que ellos mismos la confiesan con un candor ingenuo. San Pedro negando á Jesucristo, y temblando delante de una criada, ¿era un fanático? Los otros Apóstoles *dispersos como ovejas sin pastor*¹; Santo Tomás rehusando creer que Jesucristo ha resucitado, si él no lo ve con sus mismos ojos, y lo toca y palpa con sus manos²; San Pablo, hecho de perseguidor el mas humilde discípulo de este mismo Cristo, que debía anunciar á los Gentiles; todos estos hombres, que el mundo no ha conocido sino por sus beneficios, por su completo desinterés, su compasiva caridad; ¿eran fanáticos? El fanatismo combate, domina, aniquila á todo el que le resiste: ellos solo supieron morir.

1 *Matth.* xxvi, 31.

2 Thomas autem unus ex duodecim, qui dicitur Dydimus, non erat cum eis, quando venit Jesus. Dixerunt ei alii discipuli: Vidimus Dominum. Ille autem dixit eis: Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum, et mittam digitum meum in locum clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam. *Joan.* xx, 24 y 25.

En fin, piénsese lo que se quiera; supóngase que los Apóstoles eran unos embaucadores ó entusiastas; nada absolutamente se adelanta con esta suposición, á menos que no se suponga también que todos los primeros cristianos, todos los Judíos que corrían en tropas para ser testigos de las obras de Jesucristo, y los que le bendecían diciendo: *Gloria al Hijo de David*¹, y los que gritaban: *Sea crucificado*², eran también entusiastas y embaucadores, que procedían todos de acuerdo para persuadir al mundo la verdad de innumerables hechos que jamás existieron.

Porque es necesario notar que estos hechos habían debido ser públicos; que los Apóstoles apelaban enteramente sobre la verdad de ellos al testimonio de un pueblo entero, de un pueblo en gran parte enemigo del Cristianismo, y cuyas confesiones, por lo mismo, tienen una fuerza irresistible. *Ninguna de estas cosas*, decía San Pablo, en la Judea misma, al Rey Agripa, *han pasado en secreto, ó en algun rincón oscuro, y vos no las ignorais*³. ¿Se habla de este modo cuando se puede temer una solemne denegación? ¿Y qué responde Agripa? « *A poco me persuades que me haga cristiano* »⁴.

Tal vez se quiera dudar de estas mismas circunstancias, porque están referidas en el libro de los *Hechos apostólicos*. Pero al menos no se dudará que el Cristianismo ha existido desde el primer siglo de nuestra Era, ni por consiguiente que ha sido anunciado por los Apóstoles y los primeros Discípulos. Casi todos los pueblos entonces conocidos oyeron *la buena nueva de salvación*, que se esparció con la rapidez de la luz⁵. Demostrada pues la

1 Turbæ autem quæ precedebant, et quæ sequebantur, clamabant dicentes: Hosanna Filio David: Benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in altissimis. *Matth.* xxi, 9.

2 Dicit illis Pilatus: Quid faciam de Jesu, qui dicitur Christus? Dicunt omnes: Crucifigatur. Ait illis: Quid enim mali fecit? At illi magis clamabant, dicentes: Crucifigatur! *Ibid.* xxvii, 22, 23.

3 Neque enim in angulo quidquam horum gestum est. *Act.* xvii, 26.

4 In modico suades me christianum fieri. *Ibid.* 33.

5 Fides ex auditu: auditus autem per Verbum Christi. Sed dico: Numquid non audierunt? Et quidem in omnem terram exi-

autenticidad del nuevo Testamento, sabemos ciertamente lo que contaban los Apóstoles, lo que enseñaban, lo que decían de sí mismos y de los prodigios que obraban públicamente. La propagación del Cristianismo prueba que se les dió crédito. El testimonio de los prosélitos que ganaban á Jesucristo, está confirmado, como se ha visto, por el testimonio de los judíos y de los gentiles. Es necesario pues desmentir á casi todo el género humano para negar los hechos evangélicos; es necesario acusar de entusiasmo ó de superchería á casi todas las naciones sujetas á la dominación romana; es necesario ya no creer nada; porque ¿qué cosa se hallará mas creíble que lo que ha sido creído universalmente?

Solo un insensato ó un loco de orgullo es el que puede tratar de oponer sus pequeñas y limitadas ideas, sus opiniones particulares, al consentimiento comun. Lo que el hombre sabe es nada en comparación de lo que ignora, y el incrédulo arguye siempre como si lo supiera todo. ¿Su vida misma no le es incomprendible? Qué busque la prueba de ella en lo que conoce de su organización: ¿la descubrirá allí? Poned un libro de fisiología en las manos de un filósofo; y partiendo de la suposición de que encierra en sí una ciencia completa, probara; si quiere, por mil razones la imposibilidad de que exista el sér que se describe en aquel libro. ¿Y cómo se le responderá? por el hecho mismo de la existencia de este sér, que él llama imposible. ¿Y cómo se probará este hecho? por el testimonio. No conocemos mas, mejor diré, conocemos mucho menos el plan eterno de la Providencia, el conjunto de las leyes que ha establecido, que nos conocemos á nosotros mismos: ignoramos el orden universal; y sin embargo el incrédulo habla siempre como si tuviese un conocimiento perfecto de él. *Esto no puede ser*, dice; *luego no es*. ¿Y quién le ha dicho que no puede ser? Principia substituyendo su pensamiento al de Dios, y despues pronuncia, sin vacilar, su decision irrevocable. ¿Quién no ve que contradiciendo al testimonio general de los hombres, y negando un efecto atestiguado, ó

vit sonus eorum: et in fines orbis terra verba eorum. *Ad Rom.* x, 17 y 18.

supone que él conoce todas las causas que pueden hacer este efecto posible, todas las voluntades del Omnipotente, todos los motivos que las determinan, ó su negacion se reduce á este redículo argumento: *Yo no comprendo que esto pueda ser: luego no es.* ¿Y cómo se responderá? Del mismo modo; por el hecho. *Esto es: luego puede ser.* *Esto es*, porque un testimonio irrevocable lo afirma. *Es*, porque si no estuviésemos ciertos de que fuese, nada sería cierto, ni aun vuestra negacion misma, ó si se quiere más bien, vuestra duda, la cual tampoco es más que un hecho conocido solamente por el testimonio primeramente vuestro, y despues por el de las personas que la han oido. *Esto es*, porque en el instante mismo en que decis *no es*, os quitais el derecho de pronunciar juicio alguno, pues que vuestra razon protesta contra la razon humana¹.

Cualquiera que haya comprendido lo que hemos dicho hasta aquí, no puede negar la *inspiracion* de la Escritura, consecuencia necesaria de cuánto queda establecido.

Porque en primer lugar, estando reconocida la *verdad* de los hechos referidos en la Escritura, la *inspiracion* viene á ser un hecho tan incontestable como los otros. La ley dada por Dios en el monte Sinaí es un hecho idéntico con la inspiracion de esta parte de la Escritura. La mision de Moisés, probada por sus obras, probadas ellas mismas por tantos testimonios; la promesa que Dios le hace de *poner su palabra en sus labios, y enseñarle lo que debe decir*², son *hechos* idénticos con la inspiracion de Moisés. Cada uno de los Libros del antiguo Testamento ofreceria iguales ó semejantes pruebas de su inspiracion, ó bien se la hallaria atestiguada en otro libro, cuya inspiracion estaria probada del mismo modo que la inspiracion del Pentatéuco. La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y los primeros Discípulos de Jesucristo; el don de lenguas que recibieron, son *hechos* idénticos con la inspiracion del nuevo Testamento, porque la inspira-

¹ Contra el testimonio general de todos, contra el consentimiento comun: es preferirse á sí á todos los demás.

² Ego ero in ore tuo: doceboque te quid loquaris. *Exod.* iv, 12 seqq.

cion del autor de un libro prueba la inspiracion del libro, ó mas bien, es una sola y misma cosa.

En segundo lugar, sin anticipar ahora lo que diremos despues de las profecías, es manifiesto que la Escritura contiene una serie de predicciones íntimamente unidas á dogmas universales; predicciones, entre las cuales hay algunas, cuyo cumplimiento no puede ser objeto de la mas leve duda para todo hombre sensato. No se puede dudar, por ejemplo, que el Mesías, esté anunciado en la Escritura, con las circunstancias de su venida, de sus trabajos y de su muerte. No se puede dudar que el Mesías haya venido, padecido y muerto, como lo habian notado los Profetas. No se puede dudar que la ruina próxima de Jerusalem estuviere predicha en el Evangelio; ni tampoco se puede dudar del cumplimiento de esta profecía. Ahora bien, no hay profecía sin inspiracion: luego los dos Testamentos son inspirados en lo que contienen de profético.

En tercer lugar, hemos mostrado que el Cristianismo es el conjunto de todas las verdades y de todas las leyes que Dios ha revelado al hombre, y que era imposible que el hombre las conociese de otro modo que por una revelacion divina¹. Estas leyes y estas verdades se contienen en la Escritura². Así lo testifica la sociedad cristiana, á la cual no se negará sin duda el conocimiento de los dogmas y preceptos del Cristianismo. Luego los dos Testamentos no son en su parte dogmática y moral sino la revelacion divina: luego los dos Testamentos contienen la palabra del autor de la revelacion, *la palabra de Dios*; palabra escrita por los mismos á quienes la revelacion se hizo inmediatamente: luego los dos Testamentos son inspirados, al menos en su parte dogmática y moral.

Cuarto: los dogmas, los preceptos y las profecías están de tal modo mezcladas con la narracion de los hechos en el mismo libro, en el mismo capítulo, en el mismo verso, que forman con esta misma narrativa un todo, del

¹ Cap. 1 y 7.

² Se debe siempre entender que para descubrir con certeza estas leyes y estas verdades en la Escritura, la cual no se interpreta á sí misma, es necesario que ella sea explicada, segun la tradicion, por una autoridad viva ó infalible.

cual cada parte es tan inseparable de las demás, que si la narrativa misma no fuese inspirada, sería necesario admitir frecuentemente la inspiración de la mitad de una frase, y negar la de la otra mitad: absurdo manifiesto: luego los dos Testamentos están inspirados en todas sus partes.

Quinto. en fin la inspiración de la Escritura es un dogma del Cristianismo; de donde se sigue, que se niega, se trastorna el Cristianismo, se niega la revelación: es decir, todas las verdades; es decir, la misma razón humana. Luego la Escritura ha sido inspirada por Dios.

Y ¡cuántas cosas sino serían inexplicables en los Libros Santos! ¿Cómo se concebiría aquella perpetua unidad de doctrina entre tantos escritores, muchos de los cuales han escrito cerca de tres mil años después de otros? Moisés, David, Isaías, Malachías nos dan precisamente la misma idea de Dios y de nuestros deberes para con él; nos anuncian el mismo Mediador, siendo así que no se hallan dos filósofos, aun contemporáneos, que cuando hablan según lo que su razón sola les dicta, convengan en lo que se debe pensar de la Divinidad, como ni sobre los preceptos fundamentales de la moral. ¿Cómo es que los Evangelios, las Actas y las Cartas de los Apóstoles juntas entre sí, y con los Libros del Antiguo Testamento, no forman mas que un cuerpo de doctrina, siempre la misma desde el principio del mundo¹? ¿Cómo es que no ha sufrido modificación alguna según el espíritu de los diferentes siglos, el genio particular, y las opiniones de cada escritor? Esta uniformidad invariable, ¿es natural al hombre? Y si la Escritura no es divina, ¿de quién tiene ese carácter que tan visiblemente la separa de todas las producciones humanas; que hace de los pensamientos de tantos hombres dispersos, á tan lejanas distancias, sobre el camino de los tiempos, un pensamiento solo, eterno como Dios, inmutable como su verdad, fecundo como su amor?

Hasta en el lenguaje mismo de la Escritura se manifiesta su inspiración. Ciertamente se podría decir respectivamente de los escritores sagrados lo que los emisarios de los Fariseos decían de Jesucristo: *Ningun hombre ha-*

1 Cap. 4.

*bló jamás como hablan estos hombres*¹. Al leerlos se ve que el dedo de Dios ha tocado sus labios. ¡Qué sencillez tan natural en sus relaciones! ¡Qué candor y qué verdad no se admira en ellas! ¡Qué ingenuidad tan agradable! Es la palabra en su pureza é inocencia primitiva. Y al mismo tiempo ¡qué energía! ¡qué profundidad! ¡qué riqueza de imágenes! ¡qué penetración! ¡qué miradas tan penetrantes del interior de la naturaleza humana! ¿Quién ha sentido mejor sus miserias? ¿quién ha conocido mas bien su grandeza? Allí se oyen quejas lastimeras sobre la suerte de los hijos de Adán; un no sé qué de fúnebre envuelve sus destinos; un agudo y prolongado gemido, gritos de angustia penetran el alma, y la llenan de tristeza y de un secreto terror: *¿Porqué al infeliz se le ha dado la luz, y vida á los que están en amargura de corazón? ¿qué, esperan la muerte, y no viene*²! Hé ahí el hombre caído, el hombre á quien un pecado antiguo interiormente atormenta. Mas súbitamente se escucha una voz de esperanza, y que domina á esta voz de dolor. La vista del Profeta ha descubierto á lo lejos la salud. *Sion rebosa de alegría: alza su cabeza cubierta de ceniza, y con cantos de júbilo, que repetirá el mundo entero, saluda al Libertador que se acerca.*

Todo cuanto hay de grande, sublime, dulce, tierno ó terrible, solo lo hallareis en la Escritura. Allí veis á Raquel llorando sus hijos sobre la montaña, *sin querer admitir consuelo porque ya no son, no existen*³. Mas allá veis á la Esposa celestial del verdadero Salomón, que suspira sus inefables amores. « Mi amado para mí, y yo » para él: él está descansando entre los lirios, hasta que » raye la aurora, y las sombras se retiren. Hijas de Sion, » venid y vereis al Rey Salomón ceñida la frente con la » diadema con que le coronó su madre en el día de sus » desposorios, y de la alegría de su corazón⁴. »

1 Nunquam sic locutus est homo, sicut hic homo. *Joan.* vii, 46.

2 Quare misero data est lux, et vita his, qui in amaritudine animæ sunt? qui expectant mortem, et non venit. *Job* iii, 20.

3 Vox in excelso audita est lamentationis, luctus et fletus, Rachel plorantis filios suos, et nolentis consolari, quia non sunt. *Jerem.* xxxi, 15.

4 Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia, donec

Los Escritores sagrados, elevándose sobre el tiempo, parecen discernirle apenas en la eternidad en que su pensamiento habita. Ven al mundo, como Dios mismo le ve. *El ha desplegado los cielos como una tienda de campaña*¹; se irrita; *los arrolla como un volúmen, y toda su milicia cae como las hojas de la higuera y de la vid*².

Si los cielos se asemejan á un pabellon que se arma por la mañana y se coge al anochecer; si el soplo de la ira divina arrebatá las estrellas del cielo como una hoja seca; ¿qué es pues el hombre? *Un espíritu que va, y no vuelve*³. *Sus días son como el heno, su gentileza como la flor del campo; sopla un aire y se marchita; ya no es*⁴. Mas escuchad: *Los que duermen en el polvo despertarán, unos á la vida eterna, los otros al oprobio; para que siempre vean*⁵.

Ningun otro libro nos enseña á hablar, á orar, á pedir debidamente á Dios sino la Escritura; y esto solo bastaría para probar que es divina. Ella descubre á nuestros ojos el órden entero de la justicia y de la providencia del Altísimo; nos hace comprender su conducta sobre el linaje humano; las probaciones del justo, á fin de que así se manifieste lo sublime de su virtud; el suplicio y castigo del malo, para que el criminal tiemble. Contem-

plad á David, padre, y al mismo tiempo figura del Mesías: vedle destronado por su propio hijo, saliendo de

» subia el monte de las olivas á pié y descalzo, llorando
» y cubierta la cabeza; y todo el pueblo, cubierta la ca-
» beza, subia llorando¹. »

Mas hé aquí que un ruido lúgubre se oye de la parte del Egipto. Dios va á castigar el orgullo de Faraon y de su pueblo. « Hijo del hombre, dile : tú has sido compa-
» rado al leon de las naciones, y al dragon del mar :
» agitabas tus cuernos en los rios, tus piés enturbiaban
» sus aguas, y hollabas los rios. Por tanto, esto es lo que
» dice el Señor : Extenderé sobre tí mis redes en medio
» de la muchedumbre de los pueblos, te sacaré entre sus
» mallas, y tiraré sobre la tierra : te arrojaré sobre la
» haz de un campo, y haré venir á posar sobre tí todas
» las aves del cielo, y hartaré con tus carnes á todos
» los animales de la tierra. Las estrellas del cielo se cu-
» brirán de luto sobre tí ; y extenderé las tinieblas so-
» bre tu reino, cuando los tuyos, heridos de muerte,
» caerán en medio de la tierra, dice el Señor Dios. Tur-
» baré, irritaré el corazon de los pueblos cuando enviare
» tus restos en medio de las naciones ; á tierras que no
» conoces. — Y el Señor me dijo : Hijo del hombre co-
» mienza el canto lúgubre sobre la muchedumbre de
» Egipto : arrojábase á ella y á las bihas de las naciones

» poderosas al centro de la tierra, con los que descien-
» den al lago : En qué eres tú mas bella? Desciende y

» bajado á los infiernos con sus armas, y pusieron sus
» espadas debajo de la almohada. Sus iniquidades han
» penetrado las médulas de sus huesos; porque espar-
» cieron el espanto en la tierra de los vivientes¹. »

Cánticos llenos de suavidad y de dulzura, himnos de una belleza sublime tranquilizan el alma aterrada por estos cuadros sombríos. A veces se oye como una voz celestial, diríase el sonido armonioso de los conciertos de los Ángeles: súbitamente el oído es herido de un rumor siniestro: ha escuchado en la noche como los suspiros del abismo.

¡ Pero qué de preceptos admirables, qué de instrucciones profundas, cuántas verdades inaccesibles á nuestro débil espíritu no se hallan, no se ven reveladas en la Escritura! No es el hombre el que habla con el hombre, á quien se afana por ilustrar, es Dios, que con una sola palabra ilumina su entendimiento y conmueve su corazón: es él, que derrama, en cierto modo, á manos llenas, en el estilo de los Profetas, las maravillas de su pensamiento, como arrojó los mundos en el espacio; y su palabra, elevada á una sublimidad infinita sobre el lenguaje de los hombres; tiene tal carácter de magnificencia y de imperio, que no debe admirar que la nada le haya obedecido.

El Evangelio, por su misma sencillez, es aun mas admirable, mas claramente divino. En los Profetas se ve como una especie de fuego, de ardor, de pasión, una como ansia, un deseo de alcanzar un bien que no poseen, y por el cual toda su alma aspira: le llaman con el acento del amor y de la esperanza; preguntan al tiempo por el que ha de salvar al mundo; se lanzan en los cielos para buscarle allí; se adelantan, suben hasta el santuario donde reside el Altísimo; y cuando ya no se les ve, se oye aun en medio de los truenos que resuenan al pié del trono del Eterno, su voz que invoca á su Hijo.

En el Evangelio es la calma de la posesion, la paz deliciosa que sucede á un inmenso deseo satisfecho, la serenidad tranquila del cielo. Aquel que la tierra esperaba,

¹ Ezech. xxxii.

ha venido: *El Verbo se ha hecho carne, y ha habitado entre nosotros, y nosotros hemos visto su gloria, la gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y santidad*¹. Aquí todo toma un nuevo aspecto: el tiempo de las figuras ha pasado; se ha realizado la salud; la naturaleza humana asegurada, experimenta una tranquilidad que no había hasta entonces conocido. Decid á un hombre, sea el que quiera, que refiera este acontecimiento, objeto por tantos siglos de todos los deseos; ese misterio insondable de misericordia y de justicia; su lenguaje podrá ser pomposo, patético, sublime; pero oíd al Evangelio:

« En aquel tiempo se publicó un edicto de Cesar Augusto para que se empadronaran los habitantes de toda la tierra; y todos iban á hacerse inscribir cada uno en su pueblo natal. Josef partió tambien de la ciudad de Nazareth en Galilea, y vino á la Judea á la ciudad de David, llamada Betlehem, porque él era de la casa y de la familia de David, para hacerse empadronar con María, su Esposa, que estaba preñada. Mientras que estaban allí sucedió que se cumplieron los dias de su alumbramiento; y ella parió á su Hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le recostó en un pesebre; porque no había para ellos lugar en el meson. Y había en el mismo país unos Pastores que velaban, guardando por su turno sus rebaños durante la noche; y hé aquí que un Ángel del Señor se les aparece, y una claridad divina los rodea; y se apoderó de ellos un gran temor, y el Angel les dice: no temais: os anunció una cosa que será de gran gozo para todo el pueblo: os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo, el Señor; en la ciudad de David, y por esta señal le conoceréis: hallareis un niño envuelto en pañales, y puesto en un pesebre². »

Para elevarnos á sí, el Verbo divino descende hasta nosotros. Escoge lo mas humilde que hay en el hombre, para apropiárselo. *No disputará, no gritará; su voz no resonará en las plazas públicas*³. Viene á nosotros lleno

¹ Et Verbum caro factum est, etc. *Joan.* i, 14. — ² *Luc.* ii, 1, 12.

³ Non contendet, neque clamabit, neque audiet aliquis in plateis vocem ejus. *Matth.* xii, 19.

de dulzura¹. Su palabra es sencilla, y esta palabra es visiblemente la de un Dios. Leed en San Juan la conversacion de Jesus con la Samaritana: leed el Sermon del monte, el otro pronunciado á sus Discipulos despues de la Cena, del cual cada palabra es un manantial de verdad y amor inagotable, insondable aquí bajo á nuestro corazon é inteligencia: leed la Pasion: leedlo todo, porque todo es igualmente divino. *Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho*². *No estorbeis á los niños que se acerquen á mí*³. *Venid á mí todos los que padeceis y estais atribulados, y yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazon, y hallareis el descanso de vuestras almas, porque mi yugo es suave, y mi carga ligera*⁴. Jamás cosa semejante salió de una boca humana. Y aquella Oracion, que contiene todo lo que una criatura puede desear; aquella Oracion maravillosa, que es como el lazo del cielo y de la tierra, ¿es cosa de un hombre? ¿es un hombre el que ha dicho: *¿todo está cumplido?* No, no, y esta palabra que anuncia la salud del mundo, es propia solamente del que lo crió.

Establecida la *autenticidad*, la *verdad* y la *inspiracion* de la Escritura, es imposible negar la santidad del Cristianismo, porque los Libros que contienen su doctrina no pueden haber sido inspirados por Dios, sin que el Cristianismo sea divino. Las Profecias van á darnos una nueva prueba de ello.

CAPÍTULO IX^o.

Profecias.

Pues que el mundo hoy se precia de filósofo hablemos primero filosóficamente. El hombre, igualmente que to-

1 Ecce rex tuus venit tibi mansuetus. *Matth.* xxi, 5.

2 *Luc.* vii, 47. — 3 *Marc.* x, 14. — 4 *Matth.* xi, 28, 30.

5 Seguimos el orden de capitulos conforme al tomo anterior: en el original corresponde al 33.

dos los seres dotados de inteligencia, existe á un tiempo en lo pasado, en lo presente y en lo por venir. Tiene memoria de lo que fué, sentimiento de lo que es, prevision de lo que será. En esto consiste el gran don del pensamiento, que le eleva á una altura infinita sobre las criaturas materiales, y por una maravillosa semejanza le aproxima al Criador¹.

Sin embargo, el hombre cuyo espíritu puede conocer la verdad, ó lo que es, en todos los puntos de la duracion; el hombre que por la parte mas noble de sí mismo existe ya (sobre lo que se debería hacer mas reflexion) en espacios ilimitados, y aun mas allá del tiempo²; el hombre que todo lo puede conocer pues conoce á Dios, no puede sin embargo conocer cosa alguna³ sino por una verdadera revelacion, cuyo medio es la palabra.

En el principio Dios reveló al primer hombre todo lo que le era entonces necesario saber: le dijo lo *pasado*, es decir el modo con que le habia sacado de la nada, y á todo el Universo que se ofrecia á su vista. Le dijo lo *presente*, es decir, le enseñó lo que él era y eran los seres que le rodeaban, los medios de conservarse, los deberes que imponia á su razon, á su corazon, á sus sentidos. Le dijo lo *por venir*, instruyéndole de sus inmortales destinos.

El hombre para ser lo que Dios quería que fuese, debía conocer todas estas cosas; y como este conocimiento era igualmente indispensable á todos los hombres, el Padre del género humano lo trasmitió de palabra á sus hijos, y estos á sus descendientes. Hé aquí el origen de la tradicion.

Pero una mutacion deplorable se habia obrado en los destinos del hombre despues de su caída. Lo futuro no

1 Es cosa muy notable que la palabra hebrea *Jehovah* ofrece tres modos de existencia, unidos en el mismo nombre, como lo están en el mismo ser. Razon porque San Agustin llama á este nombre *nomen æternitatis*.

2 Cogitavi dies antiquos, et annos æternos in mente habui. *Ps.* lxxvi, 6.

3 Sobrenatural, se supone: si en lo natural puede ó no, véase la Advertencia preliminar en este tomo; y el modo como espresa esto M. de La Mennais.